

destino.—Puesto que hemos empezado, aun me queda algo que deciros. Tenemos todavía para dos largos viajes. Ya veréis que la muerte de mi madre fué tal vez el golpe menos sensible que me deparraba la suerte, porque al fin este acontecimiento debía suceder tarde ó temprano, y tengo que contaros otros cuya posibilidad vos mismo no podríais imaginar. Hasta mañana, caballero.

—Adiós, Leonardo; no dejes de venir á buscarme para llevarme al Palacio de Justicia. Adiós.

## SEXTO VIAJE.

ALOJAMIENTO PARA DOS.—UN AMOR HEROICO.  
 DRAMA EN CABRIOLÉ.

Al día siguiente, según teníamos convenido, Leonardo vino á buscarme por la mañana temprano para conducirme de nuevo al Palacio de Justicia, adonde mi condición de jurado debía llevarme ocho días más todavía.

No pretendo atacar la institución del Jurado, ni la de la Guardia nacional; ¡no lo quiera el cielo! pero ambas imponen duras obligaciones á muchas pobres gentes que son, á pesar suyo, malos soldados y malos jueces; los primeros durante las horas del servicio militar sienten frío, dan patadas en el suelo, meneando los hombros y las caderas, llevando la gorra de pelo con la gracia y la resignación que los muchachos de la escuela la coraza con que los exponen á la vergüenza, y piensan mucho más en el tiempo precioso que están perdiendo que en su consigna; los segundos en su silla curial, alestargados con un reposo corporal á que no están acostumbrados, narcotizados con la elocuencia vaporosa de los señores del tribunal, á la que no es-

tán habituados, ponen la mayor atención en tener los ojos abiertos, mientras que duermen interiormente, ó á veces sufren tantos tormentos morales como el acusado cuya suerte van á decidir.

Uno de mis compañeros de infortunio en el tribunal territorial me decía:

—Caballero, mi última guardia me valió un resfriado que me tuvo tres semanas en cama. Al levantarme supe que había sido nombrado jurado, por cuya circunstancia tengo que añadir quince días más al tiempo ya perdido. Ignoro si es ésta la manera con que se consigue la libertad, pero sé muy bien que no gozo de la mía. Parece que el medio de contentar á todos con la libertad en general es privar á cada uno de la suya particular.

—En este asunto soy de la misma opinión—le contesté.

—Yo soy comerciante—continuó—y temo mucho que mis negocios sufran extraordinariamente con mi guardia y con mi quincena de judicatura.

—Yo soy un hombre de letras, autor dramático, y como tal tengo algo de comerciante también, y experimento los mismos temores.

—Yo tengo cuentas que arreglar, entradas, cobranzas que hacer, obreros que dirigir, escrituras que poner en orden, una rivalidad formidable que sostener. ¿Qué medios hay para llenar tantas obligaciones?—añadió mi compañero de esclavitud.

—Y yo trabajos literarios que continuar, ensayos que dirigir, pruebas que corregir, cajistas, librereros, directores que satisfacer. ¡Cómo salir bien de todo esto!

—Creo—añadió mi comerciante para terminar la conversación—que la Guardia nacional y el Ju-

rado entran por mucho en el número inmenso de quiebras que se multiplican de día en día.

Y lanzó un suspiro.

—Y en la no menos grande cantidad de libros que abortan y piezas teatrales que sucumben—le contesté yo suspirando más fuerte que él.

Volvamos á Leonardo.

En el primer momento de dolor causado por la muerte de Mme. Toureau, ni Julieta ni él pensaron en vivir de distinta manera que anteriormente. Leonardo ocupaba la primera pieza y Julieta la segunda, la de la difunta, pareciendo como si la pobre mujer estuviera aún allí para salvar todo lo que esta situación podía tener de peligroso y de irregular. Digamos francamente también que una razón de economía obligaba á los dos huérfanos á vivir juntos.

Lo que forzaba á nuestro amigo y á su pupila á cerrar los ojos á las graves consideraciones del *qué dirán*, era sobre todo que el término del alquiler había ya empezado, y era menester concluirlo, bajo la pena de cargar con dos alojamientos. En la clase á que pertenece Leonardo, las cuestiones morales ceden ante las cuestiones positivas.

—Yo no tengo ya familia—se decía cuando entraba en materia con su propia conciencia;—¿á quién confiaré á Julieta? ¿á personas extrañas? ¡Vaya! ¿puedo separarme de ella?... ¡imposible!... Además, ¿no debemos llegar á ser marido y mujer y considerarnos casi como tales desde este momento?... Mi madre fué quien lo dispuso, y la voluntad de los moribundos es sagrada.

Sin embargo, durante el primer mes pareció volver á representar con Julieta su papel de padre. Si

acaso suspiraba al mirarla, era porque pensaba en lo que ambos acababan de perder; si la estrechaba en sus brazos, era para confundir sus lágrimas, y si besaba sus ojos, era para enjugar las que se desprendían de ellos.

Apenas pasó el mes, Leonardo sintió renacer su amor como el fuego bajo la ceniza que lo ha comprimido sin apagarlo. Llega el momento en que calentándose las mismas cenizas dejan paso á las llamas, y pronto, si la chimenea tiene menos brillo, da tal vez más calor.

Dos penas que se confundan bastan quizá á engendrar una pasión. Juzgad, pues, cuando la pasión existe ya imperiosa y tenaz, más enérgica aún con los esfuerzos que se han hecho para contenerla.

Por la mañana, Leonardo se levantaba antes de amanecer, á fin de cuidar á su caballo y tomar su puesto con el cabriolé, porque había vuelto á su antigua profesión; pero antes de salir de casa iba cuotidianamente á dar un beso á Julieta en la cama y á convenir con ella en la hora en que podrían verse durante el día. Ordinariamente hallaba medio de venir á buscarla á eso de las diez para llevarla á la fábrica donde había entrado últimamente en calidad de aprendiz de pintura en porcelana.

En esto únicamente habían terminado por entonces las magníficas y brillantes esperanzas concebidas por su carrera artística.

Sin embargo, ganaba algún dinero que Leonardo le cedía generosamente para los gastos de vestido, haciéndose un honor en pagar por sí solo los de casa y manutención común.

Por la noche, cuando entraba, cenaba con ella, teniendo algunas veces el placer de leerle la novela de moda por vía de postre; y cuando se trataba de amor, cuando llegaba á una de esas escenas apasionadas que se encuentran en todas las novelas, la voz del lector temblaba y perdía su fuerza, y miraba á la joven con ojos de los que parecían salir chispas; pero Julieta no se asustaba por tan poco. Atribuyendo la alteración de la voz de Leonardo sólo al cansancio de la lectura, le invitaba á cerrar el libro, ó acercándose á él y apoyando negligentemente el brazo sobre su hombro, quería leer á su vez, y las situaciones más vivas, las expresiones más animadas, las metáforas más elegantes, parecían perder su interés, y heladas desaparecían con su lectura lenta y tranquila. ¿Cómo podía expresar con fuerza, con pasión, sentimientos que aun no había experimentado, transportes que no había sentido aún? No es esto decir que el corazón de Julieta fuese insensible á las grandes emociones; muy lejos de eso; sino que hasta ahora no había conocido lo que era el amor; el volcán dormía bajo la nieve, su corazón no tenía deseos ni palpitaba sino por la amistad, el reconocimiento, la gratitud. ¡Oh! entonces, pero solamente entonces, su voz era apasionada, su frente se erguía, sus hermosos ojos negros se animaban, y en sus mejillas, ligeramente pálidas, aparecía la púrpura de esa ardiente sangre española que corría en sus venas.

Algunas veces Leonardo, cuando Julieta ponía el brazo sobre su hombro, continuaba su lectura y la prolongaba extraordinariamente; creyéndose feliz al sentir en su frente el aliento de la joven y

el tacto de sus cabellos; pero Julieta, á los primeros síntomas de sueño, á fin de hacerle comprender que ya era hora de recogerse, empezaba delante de él, y con toda la inocencia de su alma, sus preparativos para acostarse. Se ponía las papillotes, se descalzaba, y después, con unas enaguas cortas y el seno apenas oculto con una simple pañoleta, de pié y no sin dar algunas señales de impaciencia, la cándida joven esperaba á que acabase el capítulo y le diese el beso de la noche como le había dado el de la mañana. ¡Cuán lejos estaba el enamorado cochero de gozar aquella calma imposible y aquella tranquilidad indiferente!

Retirado á su cuarto y sin poder dormir, pasaba á veces horas enteras entregado á las angustias de la pasión. En vano trataba de vencer á su imaginación, de domarla; su pensamiento rebelde mordía el freno, rompía las bridas y encabritándose le arrastraba, á pesar suyo, á planes y proyectos desordenados.

Sucedió que una vez, á fin de desprenderse mejor de las malas ideas que le asaltaban, se levantó y empezó á pasear por el cuarto con los piés desnudos; después abrió la ventana para que el aire frío de la noche calmase la agitación febril de su cerebro. Con los ojos fijos en la puerta de Julieta, en aquella débil puerta que le separaba de ella, de ella á quien no protegía ni un cerrojo, se alejaba instintivamente, pero con gran esfuerzo, cuando la joven, que le había sentido andar y moverse en el cuarto, inquieta por lo que pudiera agitarle de aquella manera, abrió ella misma la puerta, única barrera que los separaba.

La situación era crítica.

Vestida apenas la joven, entró, y buscándole en la obscuridad le decía:

—¿Estáis indispuerto, amigo mío?

Él quiso huir de ella, pero Julieta le siguió.

—¿Qué tenéis? ¿por qué no me respondéis? ¿tenéis algún pesar? ¿soy la causa? ¿estáis enfadado conmigo?

—¡No, no! Julieta, no tengo nada; ¡véte!— contestó Leonardo con voz muy alterada.

Y Julieta no se atrevía á dejarle solo en semejante agitación.

Sus manos se encontraron; las de Leonardo estaban abrasando.

—¡Dios mío! ¡tenéis calentura!

—Tal vez; ¡pero véte!

—¡Oh! ¡no os dejaré en el estado en que estáis.

Y el heroico cochero la detuvo á la distancia de sus brazos temblorosos.

La inminencia del peligro había vuelto la razón á Leonardo; respetó á la que debía pronto ser su esposa, no queriendo que tuviese que sonrojarse al ver la corona blanca de virgen. El pobre hombre debía sufrir todas las abnegaciones, todos los sacrificios, y éste no fué el más penoso ni el último.

Desde aquel momento Leonardo comprendió que no podía seguir viviendo tan cerca de Julieta, expuesto al peligro de una tentación. Al día siguiente encontró otra habitación en la calle de la Sourdiere, á corta distancia de la fábrica á la que Julieta iba á trabajar. Dos piezas, separadas por un pajar, debían por espacio de quince meses ofrecer á cada uno un alojamiento aislado. Por espacio de quince meses no serían más que vecinos;

pero al cabo de este tiempo..... ¡cáspita!... al cabo de este tiempo Julieta tendría diez y siete años.

Algunos meses pasaron, y el invierno con ellos; la primavera volvió, y esta vez Leonardo no la vió con sentimiento, porque no debían obligarle á separarse de Julieta. Pero con el nuevo arreglo el tiempo le parecía más largo á nuestro amigo; veíala menos á menudo, con menos franqueza. Ya no la conducía por la mañana á la fábrica; algunas veces, cuando volvía de noche para cenar con ella, la encontraba acostada, y la puerta no se abría entonces, viéndose obligado á cenar solo en su cuarto frío y desierto. No más conversaciones prolongadas, no más lecturas junto al fuego. La existencia común de ambos estaba interrumpida por un pajaro. ¡Qué! ¿sería menester esperar un año, un año eterno, antes de empezar aquella vida dulce y tranquila! La impaciencia se apoderaba de él; hubiera querido abreviar su martirio la mitad del tiempo, ganar seis meses; pero no sabía cómo hacer ni qué pretextar para solicitar un favor semejante.

Un día Julieta, al salir de su taller, y todavía muy conmovida, dijo á Leonardo:

—Un hombre me ha venido siguiendo..... ¡me ha seguido hasta casa!..... Y con el pecho inflamado, la mirada llena de indignación, con ese orgullo español que de tiempo en tiempo se mostraba en ella, añadió: «¡Se ha atrevido á hablarme!»

En cualquiera otra circunstancia, el primer movimiento del cochero hubiera sido informarse de las señas del individuo y bajar precipitadamente la escalera para castigar al insolente; pero ocupado con la idea que le dominaba, Leonardo sólo vió en

la galante ocurrencia de Julieta un medio feliz para conseguir sus fines y disponerla á abreviar su noviciado de amante.

—¿Qué hombre era ése?—le preguntó.

—No lo sé—contestó ella.—No le he mirado.

—En París, *nena*, las jóvenes están expuestas á esos encuentros. Las mujeres casadas son ya otra cosa..... Se las respeta..... por causa del marido. ¿Y qué te decía?

—¡Oh! no me atrevería, en verdad, á repetirlo.

—¡Cómo!..... ¿Palabrotas?.....

—Al contrario.

—¡Qué al contrario!

—Requiebros..... una porción de cosas acerca de mi cuerpo y mi cara.

—¡Si no es más que eso, no hay mal en ello! Parece que lo entiende bien! El hecho es que eres..... muy linda. Ahora estás muy alta..... tienes el aire de una duquesa..... Escucha, ya no eres una niña..... Tienes la apariencia de una mujer; sí, de una mujer; es decir, de una muchacha casadera.... Y no sé—añadió, no sin cierta turbación—por qué hemos dejado para tan tarde la época de nuestro casamiento.

—¡Cómo, tan tarde!—dijo la joven con aire de admiración;—¿no es para dentro de un año? Un año pronto se pasa.

—Sí—contestó el pobre enamorado cogiéndola la mano y bajando la cabeza en señal de contrición.

—Un año se pasa pronto cuando se vive juntos, cuando no está uno separado por un maldito pajaro, cuando cena uno todas las noches en compañía, y puede uno dar al otro los buenos días y las buenas noches; pero, ya ves, *nena*, desde que vi-

vimos aquí, en este diablo de casa, el tiempo tarda en pasar y no te veo bastante; los días me parecen semanas, las semanas meses, y un año compuesto de cincuenta y dos meses es demasiado largo..... ¿eh?.....

—¡Vaya! ¿quién tiene la culpa que dejásemos nuestra antigua habitación de la calle del Cuadrante? ¡Teniais tanta prisa de salir de ella!

—¡Es verdad, pero allí te amaba demasiado!

—¿Y no me amáis aquí?

—¡Vamos! ¡me haces decir tonterías! Allí te amaba demasiado para vivir tan cerca de tí; y aquí te amo también demasiado para vivir tan separado por este condenado pajar que tiene una legua de largo.

—¡Si tiene seis pasos!

—Seis pasos en un pajar equivalen á seis kilómetros, legua y media; ya ves que aun anduve escaso.

—Verdaderamente, Leonardo, no os comprendo —dijo la joven sonriendo;— me habláis de años de cincuenta y dos meses y de pajares de legua y media de largo; decís que me amáis demasiado para permanecer junto á mí, y lo mismo para estar lejos.

—No hay ningún mal en que no me comprendas; ya te explicaré todo esto más tarde..... dentro de seis meses..... cuando seas mi mujer.....

—Dentro de seis meses sólo tendré diez y seis años y medio; ¿no es menester esperar á que tenga diez y siete cumplidos? Vos mismo lo decidisteis.

—Pero ¿y si mudara de parecer?—contestó Leonardo bajando la cabeza y mirando furtivamente á la joven.

—¡Vaya!—exclamó ésta; y después de un momento de silencio añadió:—Todo os lo debo, Leonardo; os pertenezco y dispondréis de mí como gustéis.

Leonardo levantó la cabeza súbitamente con una expresión de felicidad: ¡seis meses ganados! ¡la mitad del tiempo de un purgatorio! De repente se detuvo en este primer movimiento, una idea desagradable pasó por su imaginación, su frente se oscureció.

—Julieta—dijo—mírame y respóndeme con franqueza, con el corazón en la mano. ¿Consientes solamente por obediencia, por sumisión, en lo que te acabo de decir? ¿te casas conmigo solamente á causa de lo que crees deberme? Porque nada me debes; lo que he hecho por tí lo he hecho por mí mismo, porque me ha agradado, porque he encontrado placer en ello.

—Pero, amigo mío, ¿por qué os atormentáis así?—dijo Julieta.—¿Habéis olvidado lo que juré á vuestra madre?

—No; pero yo te relevo de aquel juramento. Haz cuenta que nada has dicho, habla francamente. ¿Consientes en ser mi mujer de buena voluntad? Pesa bien tu respuesta, porque te amo mucho, Julieta, sólo Dios sabe hasta qué punto; pero encontraría valor para renunciar á este casamiento, si supiera que te habia de costar un solo suspiro. Al hablar así, el pobre Leonardo temblaba como un azogado y de su frente caían gruesas gotas de sudor frío.

Julieta le tendió la mano diciendo:

—Hoy os lo juro á vos, Leonardo; seré vuestra mujer..... dentro de seis meses..... más pronto si

CAPILLA ALFONSO

queréis, y cumpliré este juramento con la mayor satisfacción.

Leonardo, sin contestar una palabra, estrechó á Julieta contra su corazón, y ésta se asustó al sentir sus latidos; después empezó á llorar y á reír á un tiempo, á saltar por el cuarto dando palmadas; después se arrodilló delante de ella y le besó los pies: tantas extravagancias hizo, que la joven creyó que se había vuelto loco.

Cuando se tranquilizó un poco, hablaron del porvenir é hicieron mil planes risueños. Leonardo quiso inmediatamente y sin pérdida de tiempo fijar el gran día.

—Dentro de seis meses—dijo Julieta;—¿no está así convenido?

—Estaba convenido al principio..... pero.....

—¿Pero qué?

—¿No has dicho que si yo quería.....?

Julieta bajó los ojos.

—Pues bien, ¡me parece que quiero!

De propia autoridad entonces redujo el tiempo de pruebas á un trimestre.

—Noventa días—exclamó—son bastantes. ¡Ya ves, noventa días mortales, de veinticuatro horas cada uno! ¡Es menester tener paciencia, porque no los hay más cortos! Además, *nena*, escucha, es preciso ser razonable. Esto no es decir que tenga más prisa que la que marca la ordenanza; pero lo que es menester, es menester.

Entonces hizo valer una porción de consideraciones mayores, á la cabeza de las cuales marchaba como siempre el alquiler de la habitación. El término que había empezado era menester acabarlo; pero ciertamente no empezaría otro en una casa

semejante, con un correr tan desagradable como aquel.

Julieta no quiso turbar su dicha y suscribió á todo.

Un día tan feliz no debía terminar como los demás; así, se decidió que irían al teatro de la Gaité á ver el *Campanero de San Pablo* en las galerías delanteras.

Durante la representación, Leonardo, á pesar del interés del drama, tuvo de tiempo en tiempo mil movimientos intempestivos de alegría. En las escenas más tiernas gesticulaba de una manera que molestaba á los que tenía inmediatos, haciendo crujir los dedos, tarareando en voz baja, riendo con estruendo, no con mala intención, sino porque era muy feliz, y la dicha que experimentaba le hacía cometer mil tonterías á pesar suyo.

Una parte de los espectadores se volvió hácia él murmurando en contra suya; él creyó en un principio que todas las miradas se dirigían á Julieta, y que era un murmullo de admiración á que daba lugar su hermosura, y en calidad de esposo futuro saludó dando gracias.

—Causas mucho efecto—le dijo al oído á la joven, á la que encontró con los ojos bajos y las mejillas encendidas, lo que le afirmó en su opinión.

—¡Si es á vos á quien miran!—le contestó Julieta con cierto tono de reconvención.

—¡A mí!..... ¡Pues bien!..... ¡como gusten!..... ¡Debo estar muy buen mozo; soy tan feliz!.....

Es menester observar que nuestro amigo, aunque bastante al corriente de la literatura dramática contemporánea, como todos los cocheros de

su misma categoría, frecuentaba muy poco los teatros.

A la entrada de la orquesta, apoyado en el palco de proscenio, estaba un joven, que aun después que Leonardo cesó de reír y de hacer exclamaciones, no dejó de mirar con un catalejo hacia la parte de la galería ocupada por nuestro amigo y su linda pupila.

—Aquél me mira demasiado tiempo y con sobrada atención, dijo Leonardo; eso me incomoda, y además es poco político. Durante el entreacto iré á decirle una palabra.

—No hagáis tal cosa—le contestó Julieta.—Además, no es á vos á quien mira.

—¡Cómo que no es á mí?

—No, estoy cierta.

—Entonces, ¿á quién!

—A mí.

—¡A tí! ¡Ah! parece que positivamente no sé lo que me hago ni lo que digo. Cuando dirigen la vista por aquí, creo que es á tí, y cuando te echan el antejo creo que es á mí.... ¡Vaya! Pero en efecto es á tí á quien apuntan con el lente.... ¡Cáspita! ¡eso es aún peor! No esperaré al entreacto.

Leonardo hizo un movimiento para levantarse; pero como los murmullos contra él empezaron nuevamente, se vió obligado á sentarse.

El joven había desaparecido.

El resto de la representación pasó tranquilamente para nuestro amigo, que, con los ojos vueltos á la escena, pero pensando en otra cosa, volvió á su estado de alegría y bienestar; ocupado con su *nená*, con su próximo casamiento, no compren-

dió nada de la comedia y la encontró muy buena. De vuelta á su casa, su dicha se prolongó, y á pesar de la soledad en que se hallaba y de echar pestes contra el maldito corredor, Julieta no se apartó un solo momento de su lado, soñando con ella toda la noche.

Al día siguiente y otros varios, sus camaradas y sus parroquianos le vieron contentísimo, cantando, charlando, preguntando como antiguamente, en sus buenos tiempos, cuando entablaba el relato de la larga historia de sus amorios y duelos durante la última guerra de España; en una palabra, como cuando tenía veinticinco años.

Una noche Julieta volvió muy conmovida, y después de vacilar un poco, le declaró que había sido nuevamente seguida por el desconocido.

—¡Oh!—exclamó Leonardo—esto tendrá mal desenlace. ¿Quién es ese hombre? ¿Algún viejo que se ejercita ahora en repetir los cumplimientos y requiebros que dirigía á las jóvenes del tiempo del imperio?

—Es joven—respondió Julieta.

—¡Ah! ¡tú lo has mirado esta vez! ¿y es joven, dices?

—Bien lo sabéis.

—¿Cómo?

—El de la orquesta..... hace ocho días.....

—Te confundes, querida mía. Aquel se contentó con echarte el lente aquella noche; ¡bastante es! ¿pero es el que te había seguido por la mañana?

—¡ Es el mismo!

Leonardo se puso hecho una fiera.

—¡Ah! ¡ por la mañana y por la noche! ¿ es

joven! Escucha.... Yo no tengo mala intención, y bien sé lo que se concede á la juventud: pero no le doy más que un día de gracia. Si te incomoda otra vez, una sola, ¿oyes? dímelo; y me pongo en emboscada, y tan cierto como Dios es mi señor, si se atreve á dar dos pasos junto á tí, aunque sólo sea un minuto, le cojo y queda allí sin vida.

Julietta no volvió á hablar del asunto. Poco tiempo después Leonardo fué á ver á su novia á la fábrica.

Él no había tenido ocasión de admirar sus obras, sino algunos objetos insignificantes que hacía en casa los domingos; pero esta vez se trataba de su obra maestra, un reloj de sobremesa, de porcelana, del cual no sólo había hecho los adornos, sino había inventado las figuras que lo embellecían. y era un jabali forzado por los perros á abandonar el lugar en que se ocultaba.

Cuando Leonardo llegó al taller, Julieta estaba triunfante, no sólo por haber sido elogiada por el dueño, sino por haberlo sido además por el comprador, que habiendo escogido el dibujo, había asistido á la ejecución.

Nuestro amigo entendía poco de estas cosas, pero no por eso dejó de retirarse contentísimo, persuadido que iba á ser esposo de una de las primeras artistas en porcelana. Había oído hablar de Mme. Jacotot, y se decía á sí mismo que antes de poco se pronunciaría el nombre de Mme. Leonardo en el mismo sentido que el de la primera.

—Vamos, ¿tu desconocido no te sigue ya?—preguntó una tarde á Julieta.

—No—contestó ésta;— ya no me sigue.

El confiado Leonardo no vió la contracción de

labios con que habían sido pronunciadas estas palabras.

Un mes había pasado; el siguiente estaba para concluir, y Leonardo contaba los días, las horas, los minutos, con impaciencia, deseando ver llegar el fin del trimestre. No tenía otro pensamiento; éste le bullía en la cabeza y le seguía en sus viajes por el interior de París, modificándose en todas las calles, en todas las casas, en todas las tiendas.

Desde luego pensaba en la nueva casa que debía ocupar; quería que fuese alegre, agradable; que tuviera ventanas á alguna plaza, á fin de tener más aire, comprendiendo instintivamente que la claridad, el sol, hacen algo en favor del amor.

Si pasaba delante de algún joyero, de algún almacén de modas, sacaba la cabeza fuera del cabriolé para inventariar rápidamente todos los objetos, todas las riquezas que se ofrecían á sus ojos, pareciéndole que podría darlo todo á Julieta.

—Quiero, decía entre sí, que coma con cubiertos de plata; no más cobre, no más peltre. Tendremos dos de plata fina, ó á lo menos de plaqué, que es lo mismo. ¿No podré darle un chal.... de cachemira francesa por regalo de boda?.... Esto sienta muy bien á las mujeres que llevan sombrero; ¿y por qué no lo ha de llevar ella? No es una obrera, es una artista, una artista que pronto será célebre como Mme. Jacotot.

Al volver á su casa daba cuenta á su novia de todos sus hermosos planes, á los que cada día se sucedían nuevos proyectos más brillantes aún.

Julietta le escuchaba con una sonrisa pensativa; pero se callaba.

¿Qué probaban aquella sonrisa y aquel silencio? Por una parte el asentimiento de su corazón enamorado; por el otro, el pudor propio de una joven. Esa era la interpretación que Leonardo les daba, y de antemano se embriagaba con su próxima dicha y se dormía entre sueños dorados.

El despertar debía ser terrible.

Una noche, solo en su cabriolé, pasaba por los boulevards pensando en la publicación de las amonestaciones, en su casamiento, del que ya había hablado á su amo y á sus camaradas, cuando una de las ruedas entró en una excavación del piso, y del choque se rompió uno de los muelles del cabriolé.

Leonardo volvió como pudo al local del establecimiento, llevando su caballo por la brida y consolándose de esta desgracia con la esperanza de quedar libre más temprano y encontrar á Julieta despierta aún; pero como acababa de llegar un cabriolé cuyo cochero se había puesto enfermo, encargaron á Leonardo que reemplazara á éste, y no hizo más que cambiar de carruaje y de número.

Tal vez hubiera él también podido ausentarse bajo el pretexto de enfermedad, porque del golpe del carruaje se había lastimado una mejilla, que estaba hinchada y llena de sangre. Pero severo para sí mismo y no queriendo dejar de cumplir sus deberes, se contentó con atarse un pañuelo por bajo de la barba, y sin decir palabra se dirigió á su puesto.

Caminaba, pues, ya entrada la noche, y empezaba á llover, cuando una vez le preguntó si estaba vacío el carruaje. Detúvose, abrió su cabriolé, y

una joven á quien un hombre ayudó á subir entró rápidamente y se acomodó en el rincón opuesto al que él ocupaba. El joven que la acompañaba subió á su vez y se sentó en medio.

—Al boulevard del Temple, y de prisa—le dijo éste.

Leonardo soltó la brida á su caballo y se entregó de nuevo á sus dulces ilusiones.

La pareja permaneció al principio silenciosa, pero poco después empezó á hablar en voz baja; y la atención del cochero, puesta en movimiento por aquel confuso murmullo, le hizo poner cuidado para oír lo que decían.

—¿Por qué no venís á la Gaité? ¡Qué niñería! ¿Qué teméis? Los que os vean no irán á decírselo. Vuestra sociedad no es la suya, así como su clase tampoco es la vuestra. Además he tomado un palco con celosías, donde nadie podrá veros.

El ruido de los carruajes que pasaban impidió á Leonardo oír la contestación de la joven, cuya voz era débil y turbada.

—Si por causa de la noche estuvisteis allí á su lado..... ¡enhorabuena!—continuó su compañero,—respeto vuestros escrúpulos; pero ¿por qué inquietaros acerca de la hora? Si entra antes que vos creerá que estáis acostada, dormida. ¿Queréis que vayamos á otro teatro?..... Vamos; no se trata de la pieza que den, pero es menester que podamos hablar á solas á nuestras anchas, y al fin tomar una resolución. Cochero..... parad en el Ambigú cómico.

Al volverse el joven para dirigirle estas palabras, Leonardo tuvo tiempo de examinarle rápidamente á la claridad de los reverberos, y le pareció

que sus facciones no le eran enteramente desconocidas, pero sin poder recordar dónde le había visto; sin embargo, un malestar instintivo oprimió su corazón, y acortó el trote de su caballo para oír mejor.

—No—contestó la joven;—jamás tendré valor para decirle que no le amo, que amo á otro.

Un sudor frío bañó la frente de Leonardo; su vista se turbó, sus manos se contrañeron; el caballo, mal dirigido, entró por el boulevard, y poco faltó para que diese con el cabriolé contra un árbol.

—Tened cuidado, cochero.

—Ya lo tengo—contestó Leonardo con una voz ahogada.

El pobre hombre había reconocido en la joven á Julieta, á su Julieta, á su pupila, á la que debía ser su mujer.

El cabriolé de otro, el cambio de número, la cara del cochero oculta bajo un pañuelo, habían dado á los jóvenes una fatal seguridad.

Por espacio de diez minutos más Leonardo tuvo valor para contenerse; durante diez minutos de tortura pudo convencerse plenamente de que el corazón de Julieta no le pertenecía ya; de que aquel casamiento, para impedir el cual la faltaban fuerzas y valor, le causaba horror. Su vida presente, pasada, su porvenir, todo estaba destruído; sus ilusiones de felicidad habían sido las de un insensato; las sonrisas de Julieta al escuchar los proyectos que desarrollaba en su presencia sólo habían sido sonrisas de lástima, tal vez de desprecio; falsedades, mentiras. ¡Ella amaba á otro!..... sin duda con un amor violento como el que Leonardo ex-

perimentaba por ella. Y Leonardo tocaba á aquel otro, estaba á su lado: aquel otro tenía en aquel momento pasado su brazo alrededor de la cintura de la joven, y su mano reposaba en la de ella mientras que le hablaba.....

Generalmente tan violento, Leonardo se sentía anonadado, abatido, aniquilado bajo el golpe que acababa de herirle, no teniendo ni aun fuerzas para vengarse; su imaginación estaba muerta, y maquinalmente, como si no hubiese sido más que un cochero que para ganar su salario conduce exactamente á las gentes al lugar que ellas le indican, se detuvo delante del teatro.

Pero cuando vió al joven sacar la bolsa con suma tranquilidad y prepararse á bajar para llevarse á Julieta consigo, ¡oh! entonces volvió á sentir un acceso de furor, se apoderó de él, y cogiéndole por el pescuezo gritó:

—¡Miserable! ¡crees que puedes pagarme bastante para que te entregue á mi hija, á mi mujer, para que te la traiga por tu orden hasta aquí! Ella me pertenece y la guardo.

Y con un brazo vigoroso precipitándole en tierra, Leonardo cerró de pronto el cabriolé y salió á escape con Julieta.